Estallido

by Ozanai

Category: How to Train Your Dragon
Language: Spanish
Characters: Astrid, Hiccup
Status: In-Progress
Published: 2014-09-16 07:11:10
Updated: 2014-10-14 08:33:11
Packaged: 2016-04-26 21:05:14
Rating: K+
Chapters: 2
Words: 7,212
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: AU. Segunda Guerra Mundial. En tiempos tan complicados y tristes, las desgracias pueden unir caminos.

1. Chapter 1

Disclaimer: How To Train Your Dragon, asÃ- como sus personajes, no me pertenecen. Son de DreamWorks y Cressida Cowell.

Aviso: Esta historia no pretender ser histÃ³rica o verÃ-dica. Se han utilizado datos histÃ³ricos, pero todo lo aquÃ- relatado es ficticio.

* * *

><p><strong>CapÃ-tulo I<strong>

Las noches eran frÃ-as en Noruega, azotando con bajas temperaturas a sus habitantes. Las costas solÃ-an traer vientos helados, congelando los lagos y arrojando trozos de hielo a las tierras.
>Berk era una pequeÃ±a provincia de Finnmark, cuya principal actividad era la pesca. DÃ-a con dÃ-a, los hombres zarpaban hacia los mares, buscando animales marinos para cazar.<p>

Estrechas calles empedradas eran la ruta de circulaciÃ³n, siendo las principales mÃ¡s angostas. Las banquetas eran delgadas, rodeando pequeÃ±as y coloridas tiendas, cuyos aparadores solÃ-an entretener a mÃ¡s de un habitante, haciendo mÃ¡s ameno su andar.

Las puertas de los locales comenzaban a colgar letreros, anunciado el cierre del dÃ-a. La iluminaciÃ³n de los negocios comenzaba a desaparecer. La mayorÃ-a de los dueÃ±os habitaba los pisos superiores de sus comercios.

La tienda de armerÃ-a cerrÃ³ su puerta. Escopetas, espadas y arcos fueron descolgados de las paredes. El dueÃ±o, Alf, las colocÃ³ en el baÃºl que ocultaba detrÃ¡s del mostrador, guardÃ¡ndolas bajo llave.

CaminÃ³ a la tras tienda, azotando la portilla que la separaba. AségurÃ³ la pequeÃ±a puerta roja de la derecha que conducÃ-a al corredor de la escalera, a su hogar.
>Una pequeÃ±a puerta de madera se escondÃ-a en la alacena bajo las escaleras, la cual salÃ-a al estrecho callejÃ³n donde los vecinos depositaban la basura.
EchÃ³ un ligero vistazo a la entrada principal, verificando que se encontrara debidamente cerrada, antes de subir por las escaleras.

Su esposa e hija se encontraban en la sala, mirando fijamente el radio. El enorme candelabro, con los ocho espacios ocupados, sostenÃ-a las velas encendidas, justo arriba del centro de la habitaciÃ³n. Los cabellos rubios de las mujeres brillaban tenuemente bajo la iluminaciÃ³n del fuego. De pie, justo al lado del sillÃ³n principal, su esposa observaba anonadada hacia el frente, compartiendo miradas de extraÃ±eza con su hija, la cual se encontraba sentada en el medio del enorme sillÃ³n.

â€•Astrid, cariÃ±o, cierra la boca.

Alf vio de reojo el ceÃ±o fruncido de su hija, quien apretaba fuertemente sus rodillas, arrugando los dobleces de su falda. Con esa pose y la espalda completamente recta, le recordÃ³ a las imÃ¡genes de las antiguas guerreras. Alf se permitiÃ³ sonreÃ-r mientras tomaba el periÃ³dico que reposaba en la mesita de centro, obstruyÃ©ndole la vista a Astrid por unos segundos, obligÃ¡ndola a removerse a la derecha, tratando de escuchar lo que sea que estuvieran dando en la programaciÃ³n. Imaginando lo que las voces contaban.

â€•Â¡PapÃ¡! â€•gritÃ³ ligeramente exasperada.
>â€•Lo lamento, hija.<p>

Astrid detectÃ³ la pequeÃ±a sonrisa que adornaba el rostro de su padre, ladeÃ³ la boca en una mueca de disgusto.

â€•Â¿QuÃ© es lo que escuchan? â€•cuestionÃ³ Alf, acostÃ¡ndose en el sillÃ³n de a lado, no tan largo como el principal, pero lo suficientemente cÃ³modo.

El azul de sus ojos brillÃ³ con ansiedad, bajando las hojas del periÃ³dico, prestÃ³ atenciÃ³n a la transmisiÃ³n
nocturna.

"_Alemanes: es preciso disciplina y obediencia ciega, para llegar al triunfo.
>!Deutschland SiegÂ¡"<em>

"_Esas fueron las palabras del canciller de Alemania: Drago Bludvist.

>Alemania le ha declarado la guerra a Polonia."<em>

Astrid ahogÃ³ una exclamaciÃ³n, cubriendo su boca con ambas manos. Alf, impresionado, casi saltÃ³ del sillÃ³n, sentÃ¡ndose en el borde, muy cerca del aparato; arrojÃ³ el diario a un lado, sin delicadeza. BuscÃ³ la mirada de su esposa, recibiendo una cargada de ansiedad y miedo.

â€•Â¡Ese hombre estÃ¡ demente!

Alf no pudo estar mÃ¡s de acuerdo con su hija. Drago Bludvist solo

buscaba una revancha, un ser lleno de resentimiento y ansias de poder.
>RecordÃ³ con amargura los aÃ±os pasados, todas las muertes y las crisis.<p>

Alfhild, su amorosa esposa, se acercÃ³ a paso presuroso a Ã©l. Tomando asiento a su lado, rodeÃ¡ndolo con ambos brazos.
>Las sombras de la noche comenzaban a ganar terreno a la iluminaciÃ³n. Las fotografÃ-as que colgaban en las paredes se oscurecieron, apagando los inmutables rostros de la familia Hofferson.<p>

â€•Astrid, cariÃ±o, es hora de dormir.

Con una mueca de angustia asintiÃ³, se despidiÃ³ con un beso en la mejilla a cada uno, y se encaminÃ³ a su habitaciÃ³n, desapareciendo tras la puerta que chirriÃ³ levemente.

â€•Alfâ€¦
>â€•Tranquila, preciosa, estaremos bien.
â€•Pero Astrid, ella es muy joven.
>â€•Yo me encargarÃ© de eso.<p>

Los recuerdos se apoderaron de ellos, la difÃ-cil dÃ©cada en que se conocieron, pero que no fue impedimento para el florecimiento de su amor. El hambre que el mundo entero tuvo que soportar. Alfhild sonriÃ³, acariciando la mejilla de su marido.

â€•HablarÃ© con el CapitÃ¡n.

Su esposa, mÃ¡s tranquila por su aseveraciÃ³n, se permitiÃ³ relajar su frÃ-gida postura, suspirando con alivio. ObservÃ³ el radio, como deseando presenciar lo que narraban. El pequeÃ±o fragmento del discurso logrÃ³ confundirla mÃ¡s, el sonido de pasos, aplausos y gritos de reporteros amontonÃ¡ndose por conseguir la nota. Â¿QuÃ© pasarÃ-a con ellos?

â€¢â€¢â€¢

Astrid, caminando suavemente por la acera, decidiÃ³ ignorar los ruidos de fondo, mirando de reojo los aparadores. A ella no le interesaba la desorganizada protesta que estaban protagonizando algunos habitantes del pueblo.

â€•Â¡Hola, Astrid!

Y ahÃ- iba toda la tranquilidad de la que habÃ-a disfrutado.

>Snotlout, con su cabellera negra revuelta, le sonriÃ³ â€“o intentÃ³, en realidadâ€“ galantemente, obstruyÃ©ndole el paso. El chico la habÃ-a cortejado desde que podÃ-a recordar; claramente, ella nunca respondiÃ³ a sus absurdos intentos de coqueteo. Para su desgracia, Ã©l era persistente, demasiado.
Ni el hecho de ser mÃ¡s bajo que ella lo desalentÃ³. Astrid disfrutÃ³ enormemente los esfuerzos de Snotlout por caminar mÃ¡s recto en su presencia, incluso llegÃ³ a andar sobre las puntas de sus pies.

â€•Snotlout, quÃ© alegrÃ-a.

La mueca de felicidad que puso le indicÃ³ que no habÃ-a detectado el

tono sarcÃ¡stico que empleÃ³. Se colocÃ³ a su lado, en un intento de caminar junto a ella. Astrid decidiÃ³ omitir su compaÃ±Ã-a, continuando con un paso mÃ¡s enÃ©rgico. Los acosos se volvieron mÃ¡s constantes cuando el chico creciÃ³ unos cuantos milÃ-metros mÃ¡s, aparentemente ese cambio fÃ-sico le dio mÃ¡s confianza.

â€•Lo sÃ©, Astrid, lo sÃ© â€•comentÃ³ estirando un poco el cuello de su chaleco, presumiendo la insignia que lo adornaba.

Astrid observÃ³ de reojo el pequeÃ±o broche de metal. ImaginÃ³ que Snotlout buscaba impresionarla con alguna de sus falsas historias. OptÃ³ por una tÃ¡ctica diferente.

â€•Â¡Snotlout! â€•chillÃ³, fingiendo observar la insignia. Grabando en su memoria la sonrisa de suficiencia â€•. Â¿QuÃ© es eso de allÃ¡?

Rio internamente, disfrutando de la decepciÃ³n en el rostro del chico. Confundido, dirigiÃ³ su atenciÃ³n hacia donde seÃ±alaba su mano. Un grupo de hombres escuchando atentamente a un militar. Cuando Snotlout observÃ³ detalladamente, su sonrisa y petulancia regresaron.

â€•Eso, mi bella Astrid, es el ejÃ©rcito de Noruega â€•ignorÃ³ olÃ-mpicamente el apelativo con el que la llamÃ³, enfocado su atenciÃ³n en la pequeÃ±a aglomeraciÃ³n.
>â€•Â¿El ejÃ©rcito? Â¿De quÃ© estÃ¡s hablando?
â€•Han venido a reclutar gente, solicitando a los mejores soldados â€•Astrid frunciÃ³ el ceÃ±o, evitando mirar el broche que Snotlout presumÃ-a insistentementeâ€•. Y yo, Snotlout Jorgenson, soy el mejor.

>â€•Â¿Te alistaste en el ejÃ©rcito!
â€•Por supuesto que sÃ-, linda. No hay nada porquÃ© temer â€•respondiÃ³ altaneramente, sujetÃ¡ndole de la manoâ€• El CapitÃ¡n General Jorgenson volverÃ¡ por su futura esposa.

Astrid retirÃ³ la mano callosa del chico, doblÃ¡ndole la muÃ±eca en el proceso, lanzÃ¡ndole una mirada de desdÃ©n. No se quedÃ³ a escuchar los quejidos de Snotlout. CorriÃ³ por la acera, sintiendo el revoloteÃ³ de su vestido blanco en una batalla contra el clima y sus fuertes vientos.

Alf, recargando ambos brazos en el mostrador, observÃ³ con pereza hacia la ventana, deleitÃ¡ndose con la vista que le otorgaba. Se preguntÃ³ quÃ© papel jugarÃ-a su paÃ-s, Â¿de nuevo serÃ-an neutrales? Ciertamente, Ã©l esperaba que sÃ-. No soportaba la idea de que su pequeÃ±a Astrid viviera los mismos horrores que Ã©l y su esposa enfrentaron. Ã‰l deseaba tiempos de paz y prosperidad; sabÃ-a que habÃ-a crisis en el mundo, afortunadamente todos sus aÃ±os de esfuerzo le permitÃ-an otorgarle estabilidad econÃ³mica a su familia.

Un grupo de chicos pasÃ³ frente a su negocio, ataviados en papeles y ropas verdes, con la excitaciÃ³n brillando en sus rostros; las sonrisas joviales retando al porvenir.

La guerra de nuevo, robÃ¡ndose el futuro de miles de muchachos, arrancÃ¡ndoles sueÃ±os y esperanzas. Ã‰l habÃ-a sido uno de esos jÃ³venes ingenuos, que, seducido por los discursos polÃ-ticos, se habÃ-a incorporado a las filas militares. Embriagado por la emociÃ³n

y promesas nacionalistas; creyendo cada palabra de los lÃ-deres. Deseando luchar una guerra que nada tenÃ-a que ver con Ã©l.
>El desencantÃ³ fue abrumador. JamÃ¡s fue al campo de batalla. Los aÃ±os de entrenamiento fueron en vano. La vida de un soldado era rÃ-gida y solitaria. Ver a camaradas ser secuestrados, asesinados. Abandonarse a la vida de un cadete, yendo de un lado a otro, obedeciendo normas de los altos mandos.
Conocer a su adorada Alfhild le hizo retomar el rumbo, despertando anhelos y pasiones que creÃ-a olvidadas. El final de la guerra fue el inicio de una nueva Ã©poca.

â€•Â¡PapÃ¡! â€•Astrid irrumpiÃ³ escandalosamente en el local. Con las mejillas arreboladas, y la trenza medio desecha, Ã©l la encontrÃ³ idÃ©ntica a su madreâ€•. Â¡Quiero unirme al ejÃ©rcito!

â€¢â€¢â€¢

La situaciÃ³n es su paÃ-s era cada vez mÃ¡s precaria; varios negocios se habÃ-an visto forzados a cerrar por las ventas bajas. El alimento comenzaba a escasear y, pese a declararse neutral, Noruega se encontraba bajo la mira de varios paÃ-ses, instÃ¡ndolos a participar en la guerra. Los barcos pesqueros partÃ-an con miedo al mar, sin atreverse a adentrarse en aguas profundas, temerosos a ser atacados. Los niÃ±os sufrÃ-an de hambre y frÃ-o. La mayor inversiÃ³n se estaba destinando al ejÃ©rcito.
>Astrid comenzaba a sospechar. Su padre se negaba a darle detalles sobre la primera guerra mundial, pero ella habÃ-a investigado por su cuenta, preguntando a los profesores de sus clases. HabÃ-a descubierto que Noruega saliÃ³ bien librada de ese enfrentamiento, algunas bajas y pÃ©rdidas, pero nada alarmante. Sin embargo, el mayor temor del gobierno era una invasiÃ³n, si bien nadie hablaba de ello, era un secreto a voces; su ubicaciÃ³n estratÃ©gica era deseada por los demÃ¡s gobiernos. QuizÃ¡ en esta ocasiÃ³n serÃ-a diferente, no contarÃ-an con tanta suerte.<p>

El viento mecÃ-a con suavidad su cabello, acariciÃ¡ndole el rostro. Astrid ajustÃ³ el cuello de su suÃ©ter, cuidando de no ensuciarlo. SujetÃ³ firmemente la bolsa que cargaba en el brazo izquierdo, esperando no aplastar el pan reciÃ©n horneado que acababa de comprar. AcelerÃ³ el paso, la temperatura comenzaba a descender.

CerrÃ³ con rudeza la puerta principal, causando un ruido sordo. ArrojÃ³ las llaves a la mesita de la entrada. Al pasar cerca de la escalera pudo escuchar los ruidos provenientes de arriba. Su padre era algo escandaloso al afilar armas.

â€•Â¡LleguÃ©! â€•anunciÃ³ con voz neutral.
>â€•Astrid, cariÃ±o, ven â€•llamÃ³ su madre desde la cocina.<p>

EntrÃ³ lentamente al cuarto, empujando con fuerza de mÃ¡s la puerta. La mirada ceÃ±uda de su madre la recibiÃ³. Hizo una ligera mueca, disculpÃ¡ndose por sus malos modos. IgnorÃ³ los murmullos del comentarista vespertino. _Hola, Noruega_; programa de radio que su madre sintonizaba por las tardes.

â€•Hija, deberÃ-as ser un poco mÃ¡sâ€¦
>â€•Â¿Femenina, mamÃ¡? â€•completÃ³ irÃ³nicamenteâ€•. Claro, eso te encantarÃ-a, Â¿no?
â€•Astrid â€•advirtiÃ³ en tono firme, colocando ambas manos en los bordes del mandil floreado.

LanzÃ³ un suspiro de derrota, optando por hacer las paces. No tenÃ-a Ã¡nimos de discutir. DepositÃ³ la bolsa de pan sobre la mesa redonda. ObservÃ³ a su mamÃ¡, quien se movÃ-a con gracia por el lugar. Cortando vegetales, revisando la cocciÃ³n exacta de la carne y batiendo el caldo con precisiÃ³n.
>Astrid no lo admitirÃ-a, al menos no en voz alta, pero su madre era asombrosa, aun siendo que solo se encargaba de las labores del hogar; pero ella no, no se podÃ-a visualizar como una esposa abnegada y frÃ¡gil. Era diferente, ella no serÃ-a una mujer controlada y obligada al hogar.<p>

â€•CariÃ±o, ayÃºdame a colocar los platos.

AccediÃ³ con un asentimiento ligero, tomando la vajilla de la alacena superior. ColocÃ³ suavemente los platos, depositÃ¡ndolos en los manteles que su madre habÃ-a bordado con esmero y dedicaciÃ³n.

â€•Huele delicioso, Ild â€•Alf entrÃ³ silenciosamente en la cocina, observando la labor de las rubias.

"_El rey ha realizado un llamado para la poblaciÃ³n femenina.
>En la bÃºsqueda de igualdad y apoyo a la naciÃ³n, el dÃ-a de hoy el vocero oficial ha dado a conocer la prÃ³xima campaÃ±a para el reclutamiento de mujeres. "
_

Astrid dejÃ³ caer los cubiertos, impactando quedamente con la madera. Fue vagamente consciente del balbuceo que escapÃ³ de sus labios. Su padre, rÃ¡pido en reacciÃ³n, cruzÃ³ la estancia de dos zancadas, apagando el radio que descansaba sobre el mueble de la esquina.

â€•Â¡PapÃ¡!

â€•Â¿QuÃ© comeremos, cariÃ±o? â€•cuestionÃ³, ignorando deliberadamente el reproche de su hijaâ€•. Muero de hambre.

>â€•PapÃ¡, prende el radio.
â€•Un poco de caldo y carne, querido.

Astrid gimiÃ³ en descontento, indignada por la obvia omisiÃ³n de su presencia y opiniÃ³n. Con un andar orgulloso, se encaminÃ³ hacia el aparato, encendiÃ©ndolo. MirÃ³ desafiante a su padre, quien la observaba con el ceÃ±o fruncido y el semblante muy serio. No se dejÃ³ intimidar, posÃ³ altaneramente las manos en su cadera, enderezÃ¡ndose todo lo posible. Fue un duelo de miradas. El azul claro de los ojos de Astrid centellaban testarudamente contra el frÃ-o y severo azul de su padre.
>Alfhild supo que ninguno iba a ceder, admirÃ³ callada e impotente la escena, sin saber quÃ© debÃ-a hacer.<p>

"_Los primero reclutas han comenzado los entrenamientos. Cada Provincia contarÃ¡ con un campo de concentraciÃ³n. Oslo y Narvik tendrÃ¡n los mÃ¡s grandes, aparentemente.
>El rey ha recalcado que no se trata de una estrategia de batalla, sino que ha decidido invertir en la fuerza militar para la defensa del paÃ-s.
AsÃ- es, Erick. Evidentemente se pretende estar prevenidos ante cualquier amenaza. No podemos esperar que la situaciÃ³n se idÃ©ntica a la Guerra deâ€¦"_

â€•TÃº eres militar.
>Alf se desarmÃ³ ante el comentario. AbriÃ³ ligeramente la boca, impresionado porque su hija refutara con eso. Era un golpe bajo.
â€•Astrid, soy tu padre y he dicho que no.
>â€•Â¿Y quÃ© es lo que dice el Coronel Hofferson, eh? â€•cruzÃ¡ndose de brazos, le mandÃ³ una mirada recelosa; retÃ¡ndolo.
â€•Eso no importa. Ahora vamos a comer.
>â€•Pues tampoco importa, porque no tengo hambre.<p>

Astrid abandonÃ³ la estancia con una rabieta, murmurando palabras que su madre tacharÃa de improperios. Se asegurÃ³ de azotar la puerta de su habitaciÃ³n con la fuerza suficiente.

De pie, en la misma posiciÃ³n, el matrimonio suspirÃ³. Alfhild comenzÃ³ a servir los alimentos, vertiendo el humeante caldo en la vajilla. Su esposo avanzÃ³ con pesar hacia el mueble, apagando definitivamente el radio. RegresÃ³ sus pasos hasta la mesa, dejando caer su cuerpo sobre la silla. Alfhild colocÃ³ los vasos en el lugar correspondiente. BesÃ³ los rubios cabellos de su esposo, quien agitaba distraÃdamente su comida.

â€•Â¿QuÃ© haremos, Alf? â€•preguntÃ³ suavemente, tomando asiento.

>â€•No puedo dejarla hacer esa locura, Ild.
â€•Es tu hija.

>â€•Exactamente por eso â€•Alfhild sujetÃ³ la mano de su marido, apretÃ¡ndola con ternura.
â€•Yo tampoco quiero que nuestra Astrid entre al ejÃ©rcito, pero es tu hija.
>â€•Ella no va a estar cerca de soldados â€•gruÃ±Ã³â€•. Todos son una bola de inÃºtiles que solo buscan acostarse con la primer mujer que encuentren.
â€•Tu hija es lo suficientemente responsable como para dejarse engaÃ±ar.
>â€•Â¡No! Â¡NingÃºn maldito militar me quitarÃ¡ a mi hija!<p>

Alfhild lo mirÃ³ sombrÃamente, rompiendo el contacto entre sus manos. Sin mirarlo, comenzÃ³ a comer tranquilamente. El sonido de los cubiertos fue el Ãºnico ruido durante la comida.

â€¢â€¢â€¢

Astrid observÃ³ escÃ©pticamente al Sargento Lyng, ignorando los gritos de intimidaciÃ³n que soltaba. DeseÃ³ poder cruzarse de brazos, sin embargo no estaba permitido, por lo que se conformÃ³ con rodar los ojos con hastÃo, Â¿a cuÃ¡ntas niÃ±itas mÃ¡s harÃa llorar?

>EscuchÃ³ los balbuceos de una chica, provenientes de la fila detrÃ¡s de la de ella. SintiÃ³ al hombre uniformado pasar cerca de su espalda. Tan absorta en sus pensamientos que no notÃ³ su acercamiento.<p>

â€•Â¡Su nombre, recluta! â€•le exigiÃ³ hostilmente.
>â€•Astrid â€•respondiÃ³ sin dejarse amedrentar, viendo directamente a los ojos del militar.
â€•Â¿Astrid quÃ©?
>â€•Hofferson.<p>

Una mirada de desdÃ©n fue lo Ãºnico que recibiÃ³. Sin tomarle importancia al desplante, volviÃ³ la vista al frente, manteniÃ©ndose firme y con los brazos tensados hacia atrÃ¡s; con la pose

perfectamente ejecutada.
>Supuso que varios miembros del ejÃ©rcito sabrÃ-an de su existencia, incluso le parecÃ-a reconocer alguno que otro cabo. No solo iban a comprar armas a la tienda, a veces se detenÃ-an a saludar a su padre, mostrÃ¡ndole todos los respetos reglamentarios.<p>

â€•Â¿Ya viste a ese soldado? Es muy guapo â€•cuchicheÃ³ en un tono no muy bajo la rubia que tenÃ-a a lado.
>â€•SÃ-, y no ha dejado de mirar para acÃ¡. Seguramente nos observa.<p>

Astrid sintiÃ³ que perdÃ-a la fe en la humanidad. El mundo entero colapsaba en una guerra innecesaria, y a ellas solo se les ocurrÃ-a mirar soldados. Por primera vez se permitiÃ³ concederle un poco de razÃ³n a su padre.

â€•Comenzaremos con un poco de calentamiento.

A Astrid no se le escaparon las miradas lujuriosas que les dedicaban los soldados, quienes deberÃ-an estar entrenando. BufÃ³ con inconformidad, al menos solo serÃ-a durante el reclutamiento. Era muy consciente de que terminarÃ-a fracturando a unos cuantos miembros de la secciÃ³n varonil de seguir compartiendo el mismo espacio, por lo que rogÃ³ a los Dioses por un poco de paciencia.

ComenzÃ³ a tener ciertas dudas cuando vio a la mitad de su secciÃ³n caÃ-da. Â¿Acaso no tenÃ-an resistencia fÃ-sica? Y claro, los neandertales de los soldados se presentaban voluntarios para llevarlas en brazos a la enfermerÃ-a. PatÃ©tico.

Para el tercer dÃ-a de entrenamiento, Astrid tenÃ-a que confesar que su padre tenÃ-a razÃ³n. Los hombres solo buscaban pasar el rato con las mujeres. Algunos coqueteaban descaradamente con las reclutas; para su alivio solo algunas cuantas caÃ-an en sus juegos, sin embargo, no conformes con eso, los veÃ-a cortejar a las demÃ¡s habitantes Â¡y en horas de servicio!
>Su padre, por supuesto, esperaba cada noche, durante la cena, que ella aceptara que se habÃ-a equivocado y abandonara la idea de alistarse. Cosa que no harÃ-a.<p>

Afortunadamente, despuÃ©s de una semana de pruebas y entrenamientos, la tercera parte de su secciÃ³n habÃ-a sido trasladada, lejos de los chicos tontos y hormonales.
>Llegar a Troms no le resultÃ³ tan difÃ-cil como habÃ-a imaginado; fue un trayecto tranquilo y silencioso. AdmirÃ³ la zona montaÃ±osa, maravillada por salir de Berk.
Lo doloroso de dejar atrÃ¡s su pueblo natal, fue despedirse de sus padres, quienes le rogaban con la mirada que desistiera. Astrid no lo hizo. Los abrazÃ³ con fuerza antes de abordar el camiÃ³n de carga que las trasportarÃ-a.

Levantarse temprano no le era complicado, habÃ-a crecido bajo el estricto rÃ©gimen de disciplina impuesto por su padre. Astrid siempre lo agradecÃ-a, ya que le permitiÃ³ adquirir hÃ¡bitos que ella apreciaba mucho.

El inicio de Diciembre aumentÃ³ la ligera capa de nieve que cubrÃ-a la zona del entrenamiento. AdivinÃ³ prontamente que la rutina asignada a su secciÃ³n distaba mucho de los ejercicios y adiestramiento impuesto a los soldados. Aquella aseveraciÃ³n le trajo

un mal sabor de boca.

La primera semana de formaciÃ³n consistiÃ³ en clases de defensa personal. Lo encontrÃ³ Ãºtil, al menos para sus compaÃ±eras. Ella habÃ-a recibido instrucciÃ³n de su padre, quien se encargÃ³ de que Astrid dominara cada movimiento mostrado.
>No fue una sorpresa que sobresaliera en cada prÃ¡ctica, llamando la atenciÃ³n de los Cabos. Hecho que le ayudÃ³ a perfeccionar su tÃ©cnica, y aprender nuevos trucos.<p>

* * *

><p>Lo AU no son lo mÃ-o, pero esta idea me abordÃ³ hace ya varios dÃ-as. Prontamente notÃ© que no me dejarÃ-a en paz.
A los pocos minutos me di cuenta de que querÃ-a intentarlo; a eso vino una revelaciÃ³n impresionante: _Simplemente no podÃ-a inventarme las cosas._
>El resultado: DÃ-as de investigaciÃ³n. Soy muy mala para la historia (pÃ©sima, en realidad), entonces tuve (y aÃºn tengo) que buscar informaciÃ³n.<p>

Como mencionÃ© en un principio, todo es ficciÃ³n, pero sÃ- estoy basÃ¡ndome en algunos hechos. No toda la informaciÃ³n serÃ¡ verÃ-dica, aun asÃ- me estoy esforzando en no falsear datos.
>Si alguien por aquÃ- sabe mucho de historia yo ve alguna incoherencia o error, por favor hÃ¡ganmelo saber para poder arreglar aquel detalle.

No sÃ© quÃ© tipo de acogida tendrÃ¡ este proyecto, y, ciertamente, aÃºn me encuentro muy insegura respecto a Ã©ste. TambiÃ©n sÃ© que el inicio no indica mucho y deja quÃ© desear, es un avance "introductorio", por asÃ- decirlo.
>El proceso de investigaciÃ³n ha sido largo, y lo que falta todavÃ-a.
LleguÃ© a la conclusiÃ³n que si dejaba pasar mÃ¡s dÃ-as con el capÃ-tulo guardado en mis archivos, lo terminarÃ-a botando, y no quiero que mis horas de planificaciÃ³n, documentaciÃ³n y quiebres de cabeza se vayan tan fÃ¡cil al traste.

Lamento si la nota fue muy extensa. No era mi intenciÃ³n aburrirlos (si es que la leyeron, claro estÃ¡).

Gracias por tomarse el tiempo para leer.
>Saludos y un enorme abrazo.<p>

2. Chapter 2

Disclaimer: How To Train Your Dragon, asÃ- como sus personajes, no me pertenecen. Son de DreamWorks y Cressida Cowell.

Aviso: Esta historia no pretender ser histÃ³rica o verÃ-dica. Se han utilizado datos histÃ³ricos, pero todo lo aquÃ- relatado es ficticio.

* * *

><p><strong>CapÃ-tulo II<strong>

El viento helado acariciÃ³ suavemente su nuca, revolviÃ©ndole los mechones castaÃ±os que habÃ-an sobrevivido a la masacre. Hiccup se

permitiÃ³ disfrutar de la vista que el lugar le regalaba, maravillado ante los tonos que la naturaleza poseÃ-a.

â€•Toothless â€•murmurÃ³ a la pequeÃ±a crÃ-a de gato que se acicalaba suavemente contra las botas de su uniforme.

AbandonÃ³ el apoyo del que el tanque le proveÃ-a para sentarse en el cÃ©sped libre de nieve. AcomodÃ³ a Toothless sobre su regazo, acariciÃ¡ndole el lomo, pasando tranquilamente los dedos entre el pelaje negro. Su pequeÃ±o amigo maullÃ³ a modo de agradecimiento, feliz por las atenciones recibidas.

â€•Â¡Haddock!

Hiccup suspirÃ³ resignadamente, deteniÃ©ndose en la labor de mimar a Toothless. Compartieron una pequeÃ±a mirada antes de que Ã©l se preparara para colocarse en pie.

â€•Silencio, amigo â€• pidiÃ³ al felino mientras lo depositaba cuidadosamente en la abertura de su camisa perfectamente fajada y que impedirÃ-a la caÃ-da del animalâ€•. No queremos que nos regaÃ±en.

A paso firme y recto se acercÃ³ al militar, quien lo miraba huraÃ±o y con el ceÃ±o fruncido. Hiccup podrÃ-a apostar que su rabieta se debÃ-a a que no podrÃ-a castigarlo.

â€•Â¿QuÃ© se supone que hacÃ-as, Cabo?

Se consideraba lo suficiente listo como para contestar, evitando hacer rabiar a los sargentos tan temprano. Toothless no parecÃ-a compartir su opiniÃ³n, se removiÃ³ inquieto contra la tela que lo apresaba; haciendo a Hiccup acreedor de una mueca por parte de su superior.

â€•Mejor anda a realizar tus deberes, luego juegas a la mamÃ¡, Haddock.
>â€•Â¡SÃ-, seÃ±or! â€•Hiccup realizÃ³ el saludo correspondiente, procurando seriedad en sus facciones y postura.<p>

Toothless era un pequeÃ±o gato muy listo, ya que cuando lo hubo dejado en la cama, Ã©ste inmediatamente entendiÃ³ que no debÃ-a abandonar el lugar, observando a Hiccup partir en direcciÃ³n al comedor.

En el desayuno, Hiccup recibiÃ³ varias miradas de desdÃ©n. No le molestaba, pero tampoco lo consideraba su forma favorita de iniciar el dÃ-a. Aunque, muy en el fondo, sentÃ-a que, esa maÃ±ana, sÃ- merecÃ-a el odio de sus compaÃ±eros.

Maldijo mentalmente su mala suerte, concentrÃ¡ndose en sus alimentos, rogando por paciencia ante el provenir de su dÃ-a.

Los gritos del Sargento Hansen retumbaban en la cabeza de Hiccup, ya que Ã©ste parecÃ-a aprovechar cada vuelta que daba para soltar reclamaciones justo en sus oÃ-dos.
>Su intuiciÃ³n le indicaba que aquella rutina (en la que habÃ-a agregado mÃ¡s vueltas) era la forma en que se vengaba de Ã©l; aunque la molestia del militar iba dirigida a su gato, era Ã©l quien corrÃ-a kilÃ³metros extra. Por ese motivo Hiccup se esforzaba en no soltar jadeos como algunos de sus compaÃ±eros; inhalaba y exhalaba con

pesadez, buscando ajustar su ritmo cardiaco para no comenzar a desistir como los demÃ¡s, o peor: morir de un paro cardÃ-aco.<p>

Por la tarde, practicando con el soldado Dahl, fue plenamente consciente de la mirada de escrutinio a la que era sometido por parte del sargento Rohde. ConsiderÃ³ que lucirse un poco podrÃ-a librarlo de la inspecciÃ³n.
>EsquivÃ³ la patada de su compaÃ±ero, tomÃ¡ndolo por la bota, girÃ³ la pierna de Dahl, quien se contorsionÃ³ pesadamente ante la brusquedad del movimiento, con la espalda arqueada en un Ã¡ngulo doloroso; Hiccup se impulsÃ³ con el pie derecho, permitiendo que el izquierdo pateara con precisiÃ³n el hueco poplÃ-teo de su oponente, haciÃ©ndolo caer de bruces contra la tierra.<p>

AdivinÃ³ la expresiÃ³n en el rostro de Rohde, una mezcla de seriedad y orgullo. Hiccup no solÃ-a detenerse en ese tipo de pensamientos, pero imaginÃ³ que su superior no esperaba menos de Ã©l, y que, ciertamente, seguÃ-a sin cumplir sus expectativas.
>TendiÃ³ la mano hacia Dahl, ayudÃ¡ndolo a girar boca arriba y colocarse de pie; teniendo que jalar con mÃ¡s fuerza ante el ligero balanceo de su compaÃ±ero, cuya rodilla cedÃ-a ante su peso, se preguntÃ³ si habÃ-a excedido la fuerza de su patada.<p>

â€•Lamento si fui muy brusco.
>Dahl negÃ³ con la cabeza.
â€•Ha estado sensacional, Haddock â€•halagÃ³ sobÃ¡ndose el cuelloâ€•. DeberÃ-as mostrarme esa tÃ©cnica.

Ambos volvieron a colocarse en posiciÃ³n de ataque, aguardando por el golpe de su contrincante; lanzÃ¡ndose con firmeza contra el otro, pateando, derribando, esquivando.

AÃºn sin el calor veraniego del sol, el calor del esfuerzo fÃ-sico les hacÃ-a sudar. El uniforme, aunando al ejercicio, provocaba bochornos y fatiga en los soldados.

DespuÃ©s de la cena Hiccup se arrojÃ³ pesadamente contra el colchÃ³n de su cama, elevando a Toothless unos centÃ-metros, quien le maullÃ³ indignado por la interrupciÃ³n de su descanso.
>Hiccup no se molestÃ³ en murmurarle una disculpa; prÃ¡cticamente su gato era el culpable de la intensa rutina impuesta por sus superiores, la cual comenzaba a hacer estragos en su energÃ-a.<p>

Entrando en un ligero estado de somnolencia, Hiccup removiÃ³ su almohada, dejando caer con pesadez su nuca. Toothless, haciendo gala de sus habilidades felinas, caminÃ³ rÃ¡pidamente por la cama, acurrucÃ¡ndose contra el pecho de Hiccup. SumiÃ©ndose en un sueÃ±o profundo, acompasando la respiraciÃ³n con el latir del corazÃ³n de Hiccup.

â€¢â€¢â€¢

Hiccup podrÃ-a enumerar con los dedos de una mano las razones que tenÃ-a para volver a Berk. El clima, por ejemplo, no se encontraba entre ellas.
>Oslo habÃ-a resultado ser un lugar extraordinario, cada dÃ-a se maravillaba con las sorpresas que le brindaba la capital de Noruega. Explorar por los alrededores del edificio universitario se convirtiÃ³ prontamente en su pasatiempo preferido.
No extraÃ±arÃ-a los dÃ-as

en Troms, donde los sargentos solÃan gritarle y reprenderle; mucho menos a sus compaÃ±eros, que buscaban cualquier momento para convertirlo en el blanco de sus bromas. Hiccup agradecÃa el termino de su EducaciÃ³n Secundaria Superior. El cabello volvÃa a cubrirle parte de la nuca, y el ligero flequillo comenzaba a crecerle. Aun recordaba con amargura la visiÃ³n de cabellos castaÃ±os esparcidos por el suelo.

Se arrastrÃ³ pesadamente hacia la mesa mÃ¡s alejada de la entrada. El salÃ³n se encontraba medianamente ocupado. EstirÃ³ perezosamente los brazos sobre el pupitre, recargando la mejilla en su antebrazo izquierdo.
>Las clases en la universidad de Oslo eran fascinantes. Los profesores habÃan supuesto un reto, cosa que a Hiccup le agradaba, aun si eso significaba desvelarse leyendo libros bajo la luz de una vela.<p>

Iniciaba el segundo mes de clases cuando la incertidumbre se apoderÃ³ del paÃs. La pequeÃ±a residencia donde se habÃa instalado se encontraba mÃ¡s silenciosa de lo habitual, los pasillos casi desiertos se le antojaron tenebrosos, desolados. Hiccup, guiado por la curiosidad de ver a varios compaÃ±eros arremolinados en el centro de la sala, se uniÃ³ al barbullo, sintiendo en carne propia la ansiedad de los demÃ¡s.
>Daban un pequeÃ±o informe. Al parecer un tal Drago Bludvist habÃa dado un discurso, en Alemania. Â¿Realmente eso a Ã©l quÃ© le importaba?
El comentarista continuÃ³ recitando los pormenores, con tono ansioso se dirigiÃ³ hacia los radioescuchas.

La habitaciÃ³n entera se uniÃ³ en un jadeo sincronizado. Hiccup estuvo a punto de ahogarse con su propia saliva.
>Murmullos de todas direcciones comenzaron a alzarse, ahogando la nota que se sintonizaba en ese momento.<p>

Hiccup perdiÃ³ la nociÃ³n del tiempo en ese instante. No fue consciente del momento en que subiÃ³ a su habitaciÃ³n y tomÃ³ la chaqueta caqui que colgaba en la silla del escritorio.
>CaminÃ³ sin rumbo por la calles de Oslo, ignorando los gestos preocupados de los habitantes. Varias congregaciones comenzaban a instalarse por los alrededores, debatiendo las posibilidades de un futuro incierto.<p>

EstirÃ³ la cabeza hacia atrÃ¡s, recargando el peso sobre la banca. ObservÃ³ con melancolÃa las estrellas. Una de las cosas que extraÃ±aba de Berk eran sus vistas. QuizÃ¡ no eran tan coloridas o alegres como las de la capital, pero los tonos del amanecer siempre le habÃan cautivado. Hiccup adoraba dibujar las finas lÃneas del ocaso, experimentando con el carboncillo y los pigmentos.

>PreguntÃ³ internamente a los Dioses por el porvenir de su paÃs, anhelando que la paz de la que gozaban permaneciera intacta.<p>

â€¢â€¢â€¢

El Sargento Rohde se presentÃ³ a primera hora del dÃa en las aulas de la Universidad. Hiccup apretÃ³ con nerviosismo el puÃ±o derecho de su camisa, temiendo por lo que sea que fuera a decir.
>SintiÃ³ que el corazÃ³n se le desbocaba cuando Ã©ste lo mirÃ³, reconociÃ©ndolo.<p>

ImpartiÃ³ una inspiradora plÃ¡tica, ocupando el espacio destinado a la clase. El inicio fue bastante aburrido, contando datos histÃ³ricos de Noruega y su armada. Hiccup era lo bastante listo para saber las intenciones del militar. Era el mismo procedimiento, el discurso de siempre, las palabras y el tono indicado; Ã©l habÃ-a presenciado innumerables reuniones del ejÃ©rcito.

No esperaba encontrarse con un enorme cargamento militar en el centro del edificio. Soldados y enfermeras (tres, en realidad) se acomodaban en las largas mesas que ocupaban gran parte del Ã¡rea verde. DetrÃ¡s de Ã©stas, cajas y cargamento eran descargados de los vehÃ-culos, acomodÃ¡ndolos de forma ordenada y distribuyÃ©ndolos a cada mesa.

>Varios sargentos se conglomeraban en el centro, repartiendo instrucciones a los soldados y compartiendo informaciÃ³n con las enfermeras.
Hiccup concentrÃ³ su atenciÃ³n en las hojas sueltas que le fueron entregadas al Sargento Rohde. Una extraÃ±a sensaciÃ³n se asentÃ³ en la boca de su estÃ³mago, tuvo un mal presentimiento.

â€•El gobierno de Noruega ha entrado en campaÃ±a de reclutamiento â€•varios alumnos tuvieron que cubrirse los oÃ-dos ante la estruendosa voz del militar, Hiccup entre ellosâ€•. El Rey Haakon ha manifestado la preocupaciÃ³n por prevenir al paÃ-s ante los eventos futuros.
>Â»Por eso, con orgullo y alegrÃ-a, las fuerzas Noruegas han realizado una serie de sorteos, eligiendo a los prÃ³ximos soldados que se incorporarÃ¡n a las filas de defensa.
Â»Al mencionar su nombre pasen al frente, nuestras compaÃ±eras los registrarÃ¡n y se les harÃ¡ entrega de sus uniformes.

El ambiente se llenÃ³ de expectaciÃ³n, sonrisas orgullosas adornaron los rostros de los estudiantes. Contrariamente, Hiccup hundiÃ³ los hombros, lanzando un ruego silencioso a OdÃ-n.
>EscuchÃ³ risas detrÃ¡s de Ã©l, observÃ³ sobre su hombro en un intento de identificar a quienes se burlaban de Ã©l. Un grupo de chicas que miraban atontadas a los primero soldados. SuspirÃ³ involuntariamente.<p>

â€•Hey, Haddock.

Hiccup girÃ³ en direcciÃ³n contraria, encontrÃ¡ndose con uno de sus compaÃ±eros. Moe Henrik, un chico alto y rubio que se alojaba en la misma residencia que Ã©l.

â€•Moe â€•saludÃ³ vagamente.
>â€•Â¿QuÃ© te parece todo este espectÃ¡culo? â€•cuestionÃ³ al acercarseâ€•. Yo lo considero una tonterÃ-a. No participaremos en la Guerra.
â€•Es una medida defensiva â€•Hiccup regresÃ³ la mirada al campoâ€•. Por si vuelven a hundir nuestros barcos.
>â€•Parece que sabes mucho del tema, Â¿eh? â€•Moe ocultÃ³ ambas manos en los bolsillos de su abrigoâ€•. SÃ³lo espero que mi nombre no se encuentre en esa lista.<p>

Hiccup no pudo estar mÃ¡s de acuerdo con su compaÃ±ero.

â€¢â€¢â€¢

La tarde comenzaba a darle paso a la noche, cubriendo el pequeÃ±o barrio con un ligero manto de frÃo nocturno. La iluminaciÃ³n comenzaba a asomarse entre las ventanas de las viviendas, algunas mÃ¡s resplandecientes que otras.

Hiccup observÃ³ con aprensiÃ³n hacia su cama, detallando en el uniforme perfectamente doblado que reposaba sobre las colchas. Quiso gemir de frustraciÃ³n. Esto no podÃa estar pasando, no a Ã©l.

>CaminÃ³ en cÃrculos por toda la habitaciÃ³n (que en realidad era muy reducida), preguntÃ¡ndose quÃ© serÃa de Ã©l en adelante.
Algunos compaÃ±eros habÃan pasado a felicitarle, mostrÃ¡ndose incluso envidiosos por la suerte que tenÃa (Hiccup bien podrÃa refutar eso). Supuso que tarde o temprano tendrÃa que comentarlo con su familia, y aunque Ã©l esperaba poder posponerlo, sabÃa que no serÃa asÃ.

BajÃ³ las escaleras del edificio desganadamente. RecibiÃ³ algunos palmoteos por parte de los demÃ¡s residentes, como si lo felicitaran por realizar una gran hazaÃ±a.
>LlegÃ³ a la pequeÃ±a recepciÃ³n, donde la amable seÃ±ora Eirny, la inquilina, le brindÃ³ una sonrisa afable.<p>

â€•Â¿Sucede algo, seÃ±or Haddock?
>â€•Nada en realidad â€•respondiÃ³ elevando los hombrosâ€•. Llamada a casa.
â€•Oh, por supuesto. En un momento lo enlazo.

Hiccup agradeciÃ³ que no le hiciera mÃ¡s preguntas o comentara acerca de su inminente destino. Sinceramente, en esos momentos, lo Ãºnico que deseaba era golpear su cabeza contra la pared; con un poco de suerte quedarÃa inconsciente hasta la prÃ³xima dÃ©cada.

â€•Su padre, seÃ±or Haddock â€•la seÃ±ora le tendiÃ³ cortÃ©smente el telÃ©fono, sacÃ¡ndolo de sus pensamientos.
>AgradeciÃ³ con un gesto y tomÃ³ el aparato, suspirando antes de acercarlo a su oÃdo y labios.<p>

â€•Hola, papÃ¡â€¦
>â€•Â¡Hijo! Pero quÃ© alegrÃa escucharte â€•Hiccup sintiÃ³ que se encogÃa ante el tono alegre y despreocupado de su padreâ€•. Aunque deberÃa regaÃ±arte por llamar tan tarde, Â¿quÃ© tal va todo por allÃ¡?
â€•Bien, pero-
>â€•Â¡Me alegra escuchar eso! Â¿Ya tienes, novia, eh?
â€•No, papÃ¡.
>â€•Ya llegarÃ¡, hijo â€•bromeÃ³ con una risa nada discreta.
â€•PapÃ¡â€¦
>â€•Â¡Cierto! Casi lo olvido.
â€•Â¿PodrÃas escucharme un momento? â€•interrumpiÃ³ quedamente.
>â€•No puede esperar, hijo â€•tras unos segundos, una vez que se asegurÃ³ que Hiccup no interrumpirÃa, prosiguiÃ³â€•. Tu madre me ha encargado decirte algo muy importante.
â€•Â¿Y eso esâ€¦?
>â€•No te alistes en el ejÃ©rcito â€•soltÃ³ con tono serio y autoritario, descolocÃ¡ndolo por completoâ€•. Por nada del mundo. Hablo en serio, Hiccup. No lo hagas.<p>

Aunque una parte de Ã©l pensÃ³ en un muy ingenioso comentario, su cerebro no logrÃ³ conectar con su boca, haciÃ©ndolo boquear ligeramente; con la mente casi desconectada y una nebulosa sensaciÃ³n en sus pensamientos, Hiccup no fue plenamente consciente del ritmo y rumbo que adoptÃ³ la conversaciÃ³n.

Mientras miraba distraÃ-damente al techo se permitiÃ³ remembrar las palabras que su padre le habÃ-a dedicado, Â¿en quÃ© momento pensÃ³ que Ã©l, Hiccup Haddock, aÃ±orarÃ-a sumarse a un cuerpo bÃ©lico? QuizÃ¡ su padre habÃ-a sido golpeado fuertemente en la nuca y comenzaba a creer que su hijo, su Ãºnico hijo, tenÃ-a aspiraciones militares, justo como Ã©l; pero Hiccup, desde temprana edad, habÃ-a manifestado su desagrado por actividades de la milicia y todo lo que conlleva, Â¡por eso estudiaba en la Universidad de Oslo!

Hiccup deseÃ³ poder estar enojado con su padre, reprocharle su ingreso al ejÃ©rcito (porque, hasta la tarde de ese dÃ-a, estaba convencido de que Ã©l era el responsable de su alistamiento). No esperaba encontrarse con palabras cargadas de ansiedad y preocupaciÃ³n.

â€¢â€¢â€¢

Desde el inicio Ã©l sabÃ-a que sucederÃ-a. No es que fuera vidente o predijera el futuro; simplemente lo dedujo, y, para su infortunio, no se equivocÃ³. Los sargentos le exigÃ-an el doble en los entrenamientos, en las clases, incluso en las sesiones en las que servÃ-a de apoyo; lo que se traducÃ-a en que le gritaban el doble, tambiÃ©n.

Hiccup tenÃ-a habilidades como instructor: hablaba y explicaba con fluidez, demostraba y realizaba los movimientos con soltura, tambiÃ©n contaba con paciencia; desafortunadamente Hiccup no poseÃ-a mucha musculatura, y su carÃ¡cter pacÃ-fico y tranquilo le hacÃ-a blanco fÃ¡cil de los voluntarios. Chicos de brazos y manos grandes que habÃ-an ingresado a las tropas semanas atrÃ¡s por decisiÃ³n propia. En mÃ¡s de una ocasiÃ³n intentaron hacerle trastabillar durante el almuerzo, sin embargo, sus aÃ±os en Troms le habÃ-an adiestrado en el esquivo de burlas y abusos. Ã‰l no era grande y fornido, pero poseÃ-a reflejos afilados, agilidad y mucha inteligencia.

El sargento Rohde lo vigilaba de cerca, analizando cada movimiento y decisiÃ³n que tomaba. Hiccup, esforzÃ¡ndose por hacer caso omiso de las miradas, seguÃ-a las instrucciones limpiamente, realizaba las rutinas con esfuerzo, y recibÃ-a los golpes de los entrenamientos con estoicismo.
>El sargento nunca le escuchÃ³ quejarse. Al parecer el chico que conociÃ³ en Troms habÃ-a dado paso a un soldado con carÃ¡cter.<p>

Entrenar con el armamento bÃ©lico siempre generaba una expectaciÃ³n inaudita en los soldados, especialmente entre los voluntarios. Se arremolinaban en las mesas del comedor, discutiendo la potencia y velocidad de los disparos, alegando ser los mejores.

Hiccup amaneciÃ³ desganado ese dÃ-a; ni el agua helada de la ducha logrÃ³ hacerle espabilar.
>La prÃ¡ctica con armas no habÃ-a sido su fuerte desde la adolescencia, no podÃ-a sostener correctamente el armamento de la academia en Troms; siendo el tiro con arco su Ãºnica habilidad latente, y Ã©l se lo atribuÃ-a a las enseÃ±anzas de su madre.<p>

El corazÃ³n le martillÃ³ con violencia, amenazÃ¡ndolo con provocarle un desvanecimiento a mitad del campo de entrenamiento. La garganta se le antojÃ³ reseca y sus movimientos se volvieron torpes y pesados. En

algÃºn punto de la explicaciÃ³n Hiccup perdiÃ³ la nociÃ³n del tiempo, extraviÃ¡ndose en sus memorias, evocando las enseÃ±anzas de su padre.

El sonido de la pistola al descargarse lo atrajo a la realidad. Varios grupos se habÃan esparcido en el terreno. No supo en quÃ© momento se formÃ³ en la fila, mucho menos cÃ³mo fue que Ã©l llegÃ³ ahÃ.

â€•Hey, Haddock â€•escuchÃ³ que le llamaban.

Blom, compaÃ±ero de dormitorio, le extendÃa el casco marrÃ³n reglamentario. Hiccup lo tomÃ³ de forma ausente, ajustÃ¡ndolo a su cabeza.
>â€•Â¿Preparado, eh? â€•preguntÃ³ el rubio.<p>

No obtuvo respuesta, el sonido de disparos y balas impactando no daban espacio para las conversaciones. El avance de los soldados era lento; cada uno recibiendo, personalmente, las instrucciones del sargento.

Hiccup apresÃ³ el mango del rifle entre sus manos. Se relamiÃ³ los labios de forma nerviosa. AcercÃ³ el arma a su rostro enfocando con precisiÃ³n sobre la mira de la pistola. MemorizÃ³ cada detalle del panorama. MoviÃ³ con inquietud los dedos, preparÃ¡ndose para jalar del gatillo.
>Una sombra negra se deslizÃ³ con una rapidez excepcional, desconcentrÃ¡ndolo. BajÃ³ el arma ligeramente, tratando de entender quÃ© era lo que habÃa pasado.<p>

â€•Â¡Hazlo ya, Haddock!

El grito del sargento lo abstrajo de sus pensamientos, observÃ³ por el rabillo del ojo la expresiÃ³n iracunda de su superior. Dedujo que no se habÃa percatado de la extraÃ±a sombra que cruzÃ³ frente al objetivo. SuspirÃ³. No deseaba una ronda de vueltas extra.

ColocÃ³ el rifle a la altura necesaria, concentrando sus sentidos en el blanco. ApretÃ³ con mÃ¡s fuerza de la necesaria el mango, los dedos bailando nerviosamente en el gatillo.
>No contaba con mucha habilidad para el manejo de instrumentos bÃ©licos, pero le sustituÃa una increÃble precisiÃ³n de disparo.<p>

Esa era una de las razones principales por las que no deseaba estar ahÃ, no querÃa formar parte del grupo de hombres que disparaban un arma sin un propÃ³sito verdadero, y, ciertamente, Hiccup esperaba no tener uno nunca.

ApuntÃ³ al blanco del objetivo (que no era mÃ¡s que una silueta de madera con un cÃrculo de diferentes niveles, separado en colores, en la cabeza). SujetÃ³ con firmeza el rifle, afirmÃ¡ndose con ambos pies en la superficie rugosa.

Hiccup sintiÃ³ el pulso dispararÃ¡rsele y su cuerpo impulsÃ¡ndose hacia atrÃ¡s. La fuerza del rifle lo desequilibrÃ³, impidiÃ©ndole ver la trayectoria del fusil. El estruendo del disparo impactÃ³ directamente a su oÃdo izquierdo, obligÃ¡ndole a mirar al suelo. JadeÃ³ pesadamente mientras observaba sus botas con desinterÃ©s.

â€•Nada mal, soldado.

AlzÃ³ la vista hacia el objetivo. Una mueca de desconcierto surcÃ³ su rostro. Hiccup no solÃ-a fallar en el tiro con arco; es mÃ¡s, acertaba en el centro en cada tiro. Estaba seguro de haber enfocado perfectamente el destino de su proyectil. DesabrochÃ³ la correa que afirmaba el casco sobre su cabeza en un intento de despejar su mente. Â¿La fuerza del disparo lo desequilibrÃ³ al punto de fallar al centro?

ObservÃ³ con detenimiento el orificio en la madera. La bala habÃ-a perforado a la altura de la mejilla. Se disculpÃ³ mentalmente con el hombre de madera, lamentando haber deformado su rostro. No le habÃ-an servido de consuelo las miradas sorprendidas de sus compaÃ±eros, quienes se hallaban anonadados ante la hazaÃ±a hecha por Hiccup.

Un movimiento entre los arbustos llamÃ³ su atenciÃ³n; considerÃ³ extraÃ±o que algÃºn soldado se encontrara ahÃ- en esos momentos. Las horas de comer eran casi veneradas por los militares, especialmente la cena.

Se encaminÃ³ lentamente hacia los matorrales, tomando una piedra del suelo. Con cautela y sigilo se acercÃ³ al lugar de donde provenÃ-a el movimiento. AlzÃ³ su mano izquierda, preparado para atacar. Un pequeÃ±o bulto brincÃ³ entre los arbustos. Hiccup, haciendo gala de sus reflejos y habilidades, se abalanzÃ³ hacia atrÃ¡s, cayendo pesadamente en el suelo.

Unos enormes y expresivos ojos le observaron tiernamente. La verde mirada contrastaba con el negro y enredado pelaje. La piel del pequeÃ±o gato se adherÃ-a a sus huesos. Hiccup sintiÃ³ una opresiÃ³n en el pecho, la cual aumentÃ³ ante el lastimero maullido que lanzÃ³ el felino.

Impulsado por la emociÃ³n del momento, tomÃ³ al indefenso animal entre sus manos. Casi rozando con sus dedos las costillas del cachorro. Hiccup adivinÃ³ que tendrÃ-a pocos dÃ-as de haber abierto los ojos, y aÃºn mÃ¡s de haber comido un poco.

Mientras se dirigÃ-a hacia su dormitorio previÃ³ que se meterÃ-a en varios problemas por arropar al pequeÃ±o escurridizo. Una parte de su mente (la que no se encontraba cansada por el entrenamiento) logrÃ³ recrear los gritos de los sargentos. Por alguna extraÃ±a razÃ³n, solÃ-an elevar el tono de voz cuando la reprimenda era dirigida a Ã©l.

â€•Vamos, pequeÃ±o â€•acariciÃ³ con ternura y cuidado la cabeza del felino, quien se removiÃ³ agradecido por el gestoâ€•. Hey, no hagas eso.

El dedo Ã-ndice de Hiccup habÃ-a sido apresado entre las pequeÃ±as fauces del animal, que, por su estado de casi reciÃ©n nacido, se hallaban desprovistas de afilados dientes. Aun asÃ- se vaticinaba un espÃ-ritu juguetÃ³n y terco.

â€•Toothlessâ€¦ â€•susurrÃ³ sonrienteâ€•. Â¿QuÃ© te parece? â€•en respuesta recibiÃ³ una encantadora y tierna mirada que lo obligÃ³ a reÃ-r suavementeâ€•. Toothless, serÃ¡.

Caminando lentamente entre las sombras de la noche, y con el dedo

atrapado en el diminuto hocico del gato, Hiccup, por primera vez en varios aÃ±os, y, especÃ-ficamente desde que entrÃ³ al ejÃ©rcito, no se sintiÃ³ solo.

* * *

><p>Hay varias cosas que me gustarÃ-a decir de este capÃ-tulo, principalmente que me costÃ³ algo de trabajo. Â¿Cumple con sus expectativas? No lo sÃ©.<p>

De verdad, lo juro, que planeaba hacer los capÃ-tulos lineales, pero al final no lo logrÃ©. Lo siento, fui dÃ©bil. Si llegan a tener alguna duda sobre Ã©ste, no duden en preguntar.

Razones de la tardanza, tengo varios, los mÃ¡s poderosos son que me entretuve en un punto de la investigaciÃ³n (armas, nombres, uniformes) y algunos detalles mÃ¡s.

SÃ© que la historia va muy floja y lenta, lo lamento, pero asÃ- la concibiÃ³ mi cabecita.
>Â¿Se imaginan a Hiccup como soldado? Creo que suena un poco descabellado.
EstarÃ© encantada de conocer su opiniÃ³n.

Recuerden, cualquier error que vean hÃ¡ganmelo saber para que pueda corregirlo _inmediatamismo._

Muchas gracias por sus comentarios, y por tomarse la molestia de leer.

Saludos.

End
file.